poles, y manda á Roma á La Farina, al baron Pisani y á los dos hermanos Amari, personas todas que se habian distinguido mucho tomando una parte activa en la rebelion de su pais.

En el Círculo Popular, fueron recibidos con los mas vivos aplausos; el pontífice mismo los admitió muy afablemente en la audiencia en que le fueron presentados.

Se empezaba á ver en perspectiva ese gran sueño de la liga italiana, ese pensamiento irrealizable de la revolucion por el que se habian conmovido los pueblos, y que iba á ocasionar muy luego en Roma una verdadera revolucion.

Roma iba á pasar por nuevas vicisitudes.

Roma llena de belicoso entusiasmo queria que Pio IX, vicario de un Dios de paz, armase su brazo, y saliese á combatir contra los austriacos, los descendientes de aquellos bárbaros bajo cuyo yugo habia sucumbido en otro tiempo.

La Italia toda creyó un momento vencer al estrangero, y asentándose sobre los Alpes mirar á los vencidos enemigos, y tornar á su antiguo esplendor. Todos los pueblos de la Italia proponian en su pensamiento y designaban el primer lugar al hombre augusto de la doble dignidad; á él le destinaban en sus ensueños de unidad y de independencia el trono de la Italia reunida en el antiguo Capitolio de Roma. A esto se dirigian todos los esfuerzos; á esto tendian todos los deseos; así se pronunciaba unánimemente la opinion pública, hábilmente dirigida por los agitadores de todos los reinos de Italia.

Lo que constituia la situacion apurada de Pio IX, eran los dos deberes, las dos existencias que se concentraban en su persona. Príncipe italiano, su corazon no podia menos de latir por la libertad, la independencia de su pais. Pontífice, su reinado se estendia sobre toda la tierra; y ministro de un Dios de paz debia garantirla á todo el mundo; no podia separar la religion de la política.....

Comprendió su mision divina, no quiso soplar el fuego de las sangrientas discordias entre los pueblos de la cristiandad! No quiso lanzar el grito de guerra á las naciones furiosas y ciegas que rugian desencadenadas á sus pies. No quiso que apareciesen abrazadas la religion y la democracia revolucionaria! Sabia que su aureola de popularidad iba á desaparecer, y que los gritos de muerte iban á reemplazar á los cánticos de alabanza. Vicario de Jesucristo quiere cumplir la mision que éste trajo al mundo, la paz!

En esta situacion, el pontífice reune el 29 de Abril el consistorio de los cardenales para hablar de la guerra actual de la Italia.

Para hacer esta guerra mas regular, tratábase de que el pontífice la intimase legalmente.

Roma aguarda con el mayor interes la decision del pensamiento que dominaba todos los ánimos. En aquellos momentos el pontífice

publica una encíclica, que apenas se fija en Roma, escita el mayor descontento. En ella rehusa declarar la guerra. Este documento (1) es el mas importante de la historia de Pio IX.

(1) Alocucion pronunciada por el sumo pontífice Pio IX en el consistorio secreto celebrado el dia 29 de Abril de 1848.

Venerables hermanos: Mas de una vez, venerables hermanos, hemos reprobado con vosotros la audacia de muchos que no han vacilado en hacernos la injuria á Nos, y por consiguiente á la misma Sede apostólica, de afirmar que nos habiamos desviado de lo establecido por nuestros predecesores, y lo que es mas horrible, de la misma doctrina de la iglesia. Pero ni aun faltan todavia hoy quienes de Nos hablen cual si fuésemos los principales autores de las públicas conmociones que en estos últimos tiempos, no ya en Europa, sino en la misma Italia han acaecido. Especialmente de Austria hemos sabido que se ha hecho creer al vulgo que el pontífice romano, ya por enviados, ya por otros medios análogos, escitaba á los pueblos italianos á la introduccion de cambios en las cosas públicas. Igualmente hemos sabido que algunos enemigos de la religion católica han tomado ocasion con este motivo para encender los ánimos de los alemanes con el fuego de la venganza, y con el fin de separarlos de la unidad de esta Santa Sede.

Y aunque no dudamos de manera alguna que los católicos alemanes y sus esclarecidos prelados detestan semejante maldad, con todo, deber nuestro es precaver el escándalo que puedan recibir algunas personas incautas y sencillas, y rechazar la calumnia que redunda en contumelia, no tan solamente de nuestra humildad, sino tambien del supremo apostolado que ejercemos y de esta Santa Sede. Y como nuestros detractores, no pudiendo alegar ningun documento de las maquinaciones que nos atribuyen, quieren presentar como sospechosos los actos de nuestra administracion pontificia temporal, para quitarles este mismo pretesto nos ha parecido conveniente esplicar hoy clara y paladinamente en medio de vosotros la causa de todas estas cosas.

No os es desconocido, venerables hermanos, que desde los últimos tiempos de Pio VII, predecesor nuestro, procuraron insinuar los mas esclarecidos príncipes de Europa á la Sede apostólica que se diese á los seglares alguna parte de la administracion civil para mayor facilidad de los negocios. Algun tiempo despues en el año 1831. se manifestaron con mas solemnidad estos deseos y consejos en aquel célebre *memorandum* que estimaron conveniente presentar á Roma por medio de sus enviados los emperadores de Austria y de Rusia, y los reyes de Francia, Gran Bretaña y Prusia. En aquel escrito se trataba entre otras cosas, ya de que se convocase en Roma la junta de consultores de todos los estados pontificios, ya de que se estableciese ó ampliase la ley municipal, de que se instituyesen consejos provinciales, de que se diese ensanche á estas otras instituciones en todas las provincias para utilidad comun; y por último, de que se diese entrada á los seglares á todos los cargos relativos á la administracion pública y al órden judicial. Principalmente estos dos últimos puntos se proponian como principios vitales de gobierno. Tambien en otros escritos de los enviados se pedia una amnistía general para todos ó casi todos los que habian faltado á la obediencia al príncipe que ocupaba la silla pontificia.

Nadie ignora, sin embargo, que algunas de estas cosas se realizaron por Gregorio XVI, nuestro antecesor, y que otras se prometieron en el mismo año de 1831 y en edictos emanados de aquel soberano pontífice. Con todo, estos beneficios de nuestro predecesor no parece que respondieron plenamente al voto de los príncipes, y no se creyeron suficientes para afirmar la pública conveniencia y tranquilidad en todos los estados temporales de la Santa Sede.

Por lo mismo cuando fuimos elevados por los inescrutables juicios de Dios á aquel lugar, no escitados por las exhortaciones y consejos de nadie, sino movidos por nuestro singular amor, hácia nuestros súbditos, concedimos la mas ámplia amnistía á los que habian faltado á la debida fidelidad al gobierno pontificio, y en seguida concedimos algunas instituciones que juzgábamos habian de ser provechosas á la prosperidad del pueblo. Y todo lo que al principio de nuestro pontificado hicimos, concuerda plenamente con lo que los príncipes de Europa con tanto ahinco deseaban.

Despues que con el favor de Dios pusimos por obra nuestros consejos, la alegría de nuestro pueblo y de los pueblos mas remotos, las felicitaciones públicas, nos persiguieron de tal manera que nos pareció conveniente contener los populares clamores en que prorumpia la ciudad santa, porque amenazaba con su demasiado ímpetu á su normal sosiego.

Son ademas notorias á todos, venerables hermanos, las palabras que os dirigimos en el consistorio del 4 de Octubre del año anterior, en las cuales recomendamos á los príncipes para con sus súbditos la benignidad paternal y el celo mas eficaz, y al mismo tiempo exhortamos á los pueblos á la debida fidelidad y obediencia hácia sus príncipes. No omitimos tampoco mientras pudimos el amonestar y exhortar una y mil veces á todos, para que adhiriéndose firmemente á la doctrina católica, facilitasen la mútua concordia que habia de producir la tranquilidad y la caridad en todos.

¡Ojalá que el éxito anhelado hubiera correspondido á nuestra voz y exhortaciones paternales! Pero patentes están las conmociones que acabamos de mencionar: conmociones de los pueblos italianos, no menos que otros acontecimientos, que ya dentro, ya fuera de Italia han sucedido.

Y si alguien quisiera sostener que los acontecimientos de esta naturaleza, han tenido algun origen en lo que á principios de nuestro sagrado pontificado hicimos benévola y benignamente, es seguro que en ninguna manera puede atribuirse á obra nuestra, puesto que nada mas hicimos

Era cerca del anochecer del 29 de Abril, cuando se anunció al pueblo. Estaba la encíclica escrita en latin, y era necesario traduccion para que fuese comprendida de todos. En la mañana del 30 aparece ya traducida, y con observaciones y notas. Con un movimiento de asombro interróganse mutuamente las gentes que se encuentran en las calles; un disgusto general se manifiesta en los ánimos, y se presentan claramente síntomas graves de agitacion amenazadora; reúnense inmediatamente los casinos y los círculos; y combinando las ideas, establecen que se reuna una comision que tome en cuenta la universal agitacion política.

Al medio dia el ministerio hace dimision en masa, para demostrar al pueblo que es estraño á la publicacion de la encíclica, dejando así descubierta y sin defensa alguna la persona del pontífice.

Esta resolucion tomada por el ministerio en semejantes circunstancias hace poco honor á su nombre; pero esperándola ya el pontífice, es admitida sin dificultad ninguna.

Reúnense entonces los coroneles de la guardia cívica, y formulan

que lo que habia parecido conveniente, no solo á Nos, sino á los mencionados príncipes para bien y prosperidad de nuestra administracion temporal. Por lo que respecta á los que dentro de nuestros estados han abusado de nuestros beneficios, imitando el ejemplo del príncipe de los pastores, les perdonamos de todo corazon, y procuramos atraerlos amantísimamente á mas sano consejo, y pedimos á Dios, padre de la misericordia, que aparte con clemencia el azote con que castiga á los ingratos.

Por lo demas nada pueden decir contra Nos los alemanes, si no nos ha sido posible contener el ardor de los que dentro de nuestros estados quisieron aplaudir las cosas que en la alta Italia se han hecho contra ellos, y á semejanza de otros, inflamados en amor hácia su propia nacion, han concurrido á favorecer la misma causa con los demas pueblos italianos; de la misma manera muchos príncipes de Europa con mayor número de soldados que nosotros, no han podido resistir en este mismo tiempo la conmocion de sus pueblos, y en tal estado de cosas, al mandar nuestros soldados á los confines de los estados pontificios, ningun otro encargo les hemos dado sino el de defender la integridad y seguridad del territorio.

Pero como haya muchos que deseen que Nos con otros pueblos y príncipes de Italia emprendamos la guerra contra los alemanes, hemos creido de nuestro deber declarar clara y esplícitamente en esta congregacion, que esto se halla en abierta oposicion con nuestro parecer, como quiera que Nos, aunque indigno, hacemos las veces en la tierra de aquel que es autor de la paz, amante de la caridad, y que segun corresponde á la obligacion de nuestro supremo apostolado, á todas las gentes, á todos los pueblos y naciones, con igual amor de padre queremos y les abrazamos. Y si á pesar de todo entre nuestros súbditos hay algunos que se dejan arrastrar por el ejemplo de otros italianos, ¿cómo podemos nosotros contener su ardor?

En este lugar no podemos menos de manifestar que repudiamos los insidiosos consejos manifestados en varios libelos, en los que se dice que el romano pontífice debe presidir cierta nueva república que quieren ver constituida en todos los pueblos de Italia. Esta es la ocasion de coartar y amonestar con el mayor ahinco á esos pueblos de Italia, movidos de nuestra caridad hácia ellos, para que se guarden mucho de las astutas sugestiones de este género y de semejantes consejos tan perniciosos para la misma Italia, y que se adhieran firmemente á sus príncipes, cuya benevolencia han esperimentado, y que nunca se aparten del amor y del respeto que les deben. Si de otra manera obrasen, faltarian no solo á su deber, sino que tambien correrian el peligro de que mas adelante Italia se dividiese y fermentase en intestinas discordias y facciones.

En cuanto á Nos, una vez y otra vez declaramos que todos los pensamientos, celo y cuidado del romano pontífice se dirigirán á que cada dia reciba mayor incremento el reino de Dios, que es la iglesia, no para ensanchar los límites de su principado civil, que ha dado la divina Providencia á la Santa Sede para defender su dignidad, y el libre ejercicio del supremo apostolado. Grande error padecen los que piensan que nuestro ánimo puede ser seducido con el deseo de aumentar nuestra dominacion temporal, y que por medio de las armas hemos de fomentar tumultos. Nada seria mas grato á nuestro paternal corazon, si con trabajo, con cuidado y con celo nos fuese dado estinguir el gérmen de la discordia, y conciliar los ánimos de los que mutuamente se pelean, y restablecer la paz en medio de ellos.

Entretanto, no sin grande consuelo de nuestra alma, hemos sabido que en muchas partes, no solo de dentro, sino de fuera de Italia, aun en medio de tantos bullicios y trastornos, nuestros fieles hijos han permanecido adictos á la iglesia y á sus sagrados ministros, aunque sentimos de todo corazon igualmente que no en todas partes se haya guardado esta observancia. Ni podemos dejar de lamentar en vuestro seno aquella funestísima costumbre, principalmente establecida en nuestros tiempos, de dar á luz todo género de libelos, en los cuales se hace la guerra mas terrible á nuestra santísima religion y á la honestidad de las costumbres, se inflaman las civiles discordias y perturbaciones, se piden los bienes de la iglesia, se disputan sus mas sagrados derechos, y se lastiman con falsas acriminaciones á los varones mas respetables.

Esto es, venerables hermanos, lo que hemos juzgado conveniente comunicaros hoy: réstanos ahora que á un tiempo y con humildad de corazon dirijamos nuestras fervientes é incesantes oraciones á Dios óptimo y máximo para que defienda á su santa iglesia de toda adversidad: que nos mire y defienda propicio desde Sion, y se digne conceder á todos los príncipes y á todos los pueblos la paz y la concordia deseada.

apresuradamente una representacion al papa, comisionando al senador Corsini y al coronel príncipe Doria, para que la presenten á Pio IX. Estos admiten el encargo, y en el ínterin se constituye una junta popular que derrama sus órdenes por todos los cuarteles de la cívica, se apoderan de las puertas de la ciudad, con órden espresa de prohibir la salida á todos los cardenales, como si por ser prelados fuesen sospechosos; refuérzanse las guardias de las cárceles, y se reparten armas á todos los habitantes que se presentan; finalmente, apodéranse en el correo de todas las cartas dirigidas á los cardenales, colócanlas en un saco, y las mandan al Capitolio para examinarlas y ver si mantenian alguna correspondencia política, especialmente aquellos que ocupaban los primeros cargos del estado, como propalaban los agitadores del pueblo.

El rencor de este y las amenazas callan en un momento al recibir la respuesta del senador Corsini y del príncipe Doria, quienes despues de haber visto al pontífice, aseguran que habia ofrecido tomar en consideracion las observaciones que se le habian hecho, y proveer sobre ellas.

Pio IX habia hecho semejantes promesas el dia 8 de Febrero; sus promesas habian sido cumplidas; nadie, pues, podia dudar de su sagrada palabra.

La agitacion continuaba; la encíclica quitaba toda esperanza de que el papa declarase la guerra. Culpábase á las personas que rodeaban á Pio IX, y exigieron que fuesen separados de sus cargos públicos, como lo consiguieron en aquella misma noche de temor y de incertidumbre, en la que se presentaron ya á cara descubierta, dictando las resoluciones y decretando el movimiento de las masas, el conde Terencio Mamiani, y Pedro Sterbini.

Hasta entonces solo habian dado la cara los hombres del bajo pueblo, como Ciceruacchio, Favella, y otros gefes de los cuarteles; sentíase el brazo de la revolucion, no se veia empero el pensamiento de ella. Esta noche se manifiesta ya, y se revela á las claras: era llegado el tiempo en que los que progresivamente habian dirigido las agitaciones de Roma, recogiesen el fruto de sus tenebrosos trabajos.

Proclamábase que la encíclica era una protesta escrita de querer

anular todo cuanto el pontífice habia hecho. Como príncipe se sabia que habia amado demasiado la independencia italiana, y que en el principio habia intentado obtenerla por los medios moderados y suaves de la reforma, procurando evitar una sangrienta guerra, no rehusando empero la defensa de sus estados, como lo probaba el armamento de Roma, los soldados que habia mandado al ejército, y las bendiciones que les habia dado; la revolucion sin embargo no tiene en cuenta nada de cuanto habia hecho al pontífice; y grita, rebelde, contra aquel sacerdote, y aquel Santo, que habia el primero iniciado las reformas desde el Quirinal; contra aquel pontífice, que habia incurrido por ellos en las reprensiones de los fariseos y de los grandes políticos, y que habia sufrido el vituperio de los sábios del mundo.

¡Cuán tristes y dolorosos pensamientos no debian agitar su alma, viendo por un lado las amenazas de sus pueblos, olvidados de sus beneficios; viendo por otro las amenazas de los obispos de Alemania, que hicieron llegar á su noticia que si se declaraba la guerra se separarian del giron de la iglesia católica, renovando la escena de la separacion de la Inglaterra en los tiempos de Enrique VIII!

Pio IX se hallaba, pues, como rey, amenazado de la revolucion; como pontífice, amenazado del cisma: la eleccion no era dudosa para el generoso corazon del vicario de Jesucristo!

CAPITULO XIV.

Agitacion por la encíclica.—Movimiento reaccionario en Benavento.—Movimiento popular de 1.° de Mayo.—Cardenales refugiados en el Quirinal.—Mamiani es llamado á formar el ministerio.—Mision dirigida á Cárlos Alberto.—Esposicion de la municipalidad al papa.—Esposicion de la guardia cívica á Mamiani.—Formacion del ministerio.—Programa del nuevo ministerio.—Disposiciones del ministerio para la guerra.—Llegada de oficiales estrangeros para instruir el ejército.—La guardia cívica ocupa el castillo de Sant-Angelo.—Demostracion de las provincias contra la encíclica.—La ciudad de Pésaro envia á los hermanos del papa.—Nombramiento de seglares para los gobiernos de las legaciones.—Comité popular de guerra.—Donativos.—Felicitacion al papa del cuerpo diplomático.—Primera idea de fuga de Roma del papa.—Nombramiento del consejo de estado.—Revolucion reprimida en Nápoles.—Llegada de Gioberti á Roma.—Obsequios que le tributan.—Va el papa á San Felipe Neri.—Silencio del pueblo á su tránsito.—Mision pacífica enviada al Austria.—El cardenal Soglia reemplaza en la presidencia del consejo de ministros á Chiachi.—Desacuerdo entre el papa y sus ministros.—Cárlos Alberto.

Pio IX habia querido dar á conocer claramente sus intenciones, queria que nadie pudiese equivocarse sobre ellas, que á nadie le fuese dado interpretarlas.

Pudiera haber callado, pero prefirió incurrir en la reprobacion de algunos á ocultar sus propios designios; sufrió que le llamasen traidor, como lo hicieron algunos periódicos de Toscana, á trueque de no quererlos engañar. Todo lo habia previsto; empero no podia sin gravísima pena callar. El no debia como Celestino V, Bonifacio VIII Gregorio VII, Inocencio III y Alejandro III aguardar el largo trascurso de los siglos para ser juzgado: la generacion actual puede juzgarle rectamente, y le dará sin duda el renombre que le han conquistado sus virtudes.

Publicada la encíclica, creense muchos abandonados, vendidos, presa ya de la política vencedora del Austria; no quieren oir las voces de la prudencia, y buscan el remedio fuera del Quirinal, en donde por haberse refugiado las personas mas notables y marcadas del antiguo régimen, propalaban que se hallaban reunidas, no para salvarse, sino para ponerse á la cabeza de la antígua política que habia dominado en los consejos de Gregorio XVI.